

¡VALIENTES MALDITOS!

Por: Verónica Martínez Amat

—¡Aguantad firmes!

El amanecer teñía de ocres aquel cielo despejado de mayo sobre los campos llanos de la región. El verde de la hierba, aquel que todavía no había sido pisoteado por los cientos de hombres que batallaban esa mañana, refulgía por el rocío de una noche que todavía daba los últimos coletazos antes de dar paso a un nuevo día. El resto ya se tintaba de carmesí por la sangre de los caídos.

—¡Aguantaaaaaad!

Los hombres se apretaron más formando un rectángulo del que surgían amenazantes las puntas de hierro de las picas, ávidas de introducirse en la carne de los enemigos, buscando cualquier resquicio de muerte que aliviara los negros augurios que se cernían sobre aquella masa compacta de soldados españoles de los Tercios, por encima de quienes ya volaban bajo los cuervos de la derrota.

—Veintiséis palmos nos separan de la muerte, zagal.

Pedro asintió sin mucho entusiasmo. Los brazos le temblaban de puro cansancio al sujetar con fuerza la pica, y le sudaban las manos, cosa que en nada ayudaba para mantener el arma en la posición adecuada. Además, el morrión le venía grande y se le iba hacia adelante por la inercia dificultándole la visión. El suyo lo había perdido en el primer combate contra los franceses cuando aún no clareaba el cielo con las primeras luces del alba. Pero Blasco siempre estaba allí, protegiéndolo, y, al ver la situación, presto recogió el morrión de un paisano caído, encasquetandoselo en la cabeza sin

mucho miramiento al tiempo que rumiaba entre dientes algo sobre la ineptitud de los jóvenes.

No sabía por qué le pareció una buena idea engancharse a los Tercios. Al menos, poco cabal aparentaba ser la decisión en ese momento. Ya se lo decía su padre cuando lo veía de niño perseguir enemigos imaginarios por los campos manchegos: *«cortos de seso andamos si, en vez de cuidar de las cabras, sueñas con ser soldado. La muerte siempre alcanza a los ilusos... y a los mentecatos»*. Y quizás tenía razón contemplando cómo a su alrededor la dama de la guadaña segaba con brío a sus compañeros.

Echaba de menos la paz de las montañas, el aroma a tierra fresca de primavera cuando el sol la calentaba, el viento agitando el ramaje de los árboles, las sendas flanqueadas de maleza por donde había conducido el rebaño de su familia. Días tranquilos, en silencio quieto, cuyo único sobresalto consistía en tener que lanzar alguna pedrada a alguno de aquellos díscolos animales cuando se desmandaban.

Volvió a la realidad de las llanuras de Rocroi cuando escuchó a Blasco mascullar un impropio a su lado.

—Ahí vienen de nuevo los malditos. Apuntala bien el pie que la carga parece dura —le aconsejó.

Pedro clavó todo lo que pudo el pie derecho en el barro y apoyó con fuerza el izquierdo en la base de la pica que se hundía en el suelo. Las agitadas respiraciones de los coseletes que había a su alrededor indicaban que el miedo, aun queriendo ahuyentarlo con el poco coraje rescatado de las mismas entrañas, seguía presente cerrando el pecho al aire vivificador de la mañana.

Los franceses de Enghien, con el propio duque a la cabeza, se echaron sobre ellos. Sonaron los arcabuces de los Tercios de Garcéz y Villalba, mientras el resto

trababa picas encomendándose a Dios y a todos los santos, mentando a las madres de aquellos gabachos que se lanzaban con furia contra los pocos españoles que quedaban sajando vientres y extremidades. El choque fue recio, tenaz, pero los que formaban aquel rectángulo supieron aguantar la acometida, más a base de agallas que de fuerza, dejando bien claro que los soldados de los Tercios no se amilanaban ante francesitos amanerados por mucho que les aventajaran en número. Pedro aguantó como un jabato, hombro con hombro con el cabo Blasco, a quien no le temblaba el ánimo de lanzar la pica una y otra vez hacia adelante en busca de sangre enemiga. Y el resto hacía lo mismo. El joven pastor manchego, a pesar de que el morrión le tapaba parte de la visión, observaba complacido en su fuero interno cómo sus compañeros apretaban los dientes, afianzaban pies a tierra y, si caían las picas, echaban mano de espadas o dagas con las que seguir danzando con la muerte. Y si uno era derribado, pronto era sustituido por otro para no romper aquel rectángulo disciplinado en el que habían convertido su propio campo de batalla.

Escuchó que alguien decía que a Enghien le habían abollado la coraza de un tiro, y todos, incluso Pedro, inflamado por el ardor patrio, vitorearon la buena nueva. Aunque poco después se supo que el único que había muerto en el lance era el caballo del duque y que este seguía vivo y coleando mientras arengaba a sus tropas.

Aguantaron los primeros envites con ese orgullo que solo un español podía entender, el de alzar la barbilla, levantar la cabeza y echar mano al hierro por cualquier *quítete allá esas pajas*, que acababa convirtiéndose en lodo a poco que el afrentado fuera algo picajoso. Cuando el honor y la honra se veían en entredicho, un español nunca reculaba.

El cabo Blasco era de esos, de los que cuando aún no se había extinguido el eco de una palabras malentendidas, ya tenía la espada en la mano dispuesto a lo que fuera

menester por salvaguardar su buen nombre. Pedro lo había visto batirse por nimiedades en las tabernas de Madrid, de Flandes y del infierno si hacía falta. Con más músculos que juicio, cualquier mirada mal avenida o comentario malintencionado teñían su rostro de furibundo carmesí y que se aventara aquel que se hubiera atrevido a agraviarlo. Sin embargo, era un hombre leal, que cuidaba de los suyos, y a Pedro, a su zagal, como él lo llamaba, lo había acogido bajo su ala desde que el muchacho entró a servir en su compañía, formando una pareja a la que, si no unían lazos familiares, si lo hacían aquellos surgidos de las entrañas, los que se creaban al amparo de los combates y de la vida de un soldado al servicio del rey de España, de pocos sueldos y mucho sufrimiento, pero de camaraderías que unían un alma con otra para toda la eternidad.

Pedro miró al cabo mientras los hombres recomponían el rectángulo, cada vez más menguado, que seguía erizado de picas y alabardas, aunque ya no de mosquetes y arcabuces, pues la pólvora hacía rato que se había acabado tras una de las embestidas francesas. Blasco sudaba y resollaba como un toro embravecido, dando órdenes a viva voz mientras se ajustaba un peto que siempre le había quedado pequeño dada su envergadura. Tuvo que anudar varias lazadas de cuero para poder atárselo alrededor del pecho y alcanzar la espalda, no había conseguido encontrar uno que se adaptara a sus considerables medidas.

—Pocos quedamos... —le dijo a Pedro poco después, aunque parecía que estaba hablando más para sí mismo, que para oídos ajenos. No obstante, siguió arengando a los hombres para que mantuvieran la posición.

—Cabo...

—Dime, zagal.

—¿Os acordáis de lo que me habéis prometido?

—A veces creo que eres como una chinche de catre de mancebía, zagal. ¿No te he dicho ya que lo haré? ¿Acaso dudas de mi palabra?

Pedro tragó saliva.

—No, no... —dijo haciendo aspavientos para quitarle importancia—... es solo que...

—Deja ya de pensar en si vas a morir hoy, no quieras tentar a la *dama* con tu tierna carne de pastorcillo, que a esa no le importa si eres joven o viejo, pobre o rico, a ella solo le importa ganar siempre en estos juegos de guerra. Así que quítate ya el pensamiento de la cabeza o te lo quito yo de un mamporro —lo amenazó serio, aunque debajo de su bigote podía verse un atisbo minúsculo de sonrisa—. La misiva llegará si yo sobrevivo y tú no, zagal, pero reza para que no tenga que ser así. Y ahora recomposte, que los gabachos no cejan y ¡por Cristo que no me voy a quedar cruzado de brazos mientras haya solo uno de ellos en pie!

«Y ellos tampoco», pensó Pedro echando de menos el sosiego de su pueblo natal, la plácida existencia conduciendo el rebaño, pero, sobre todo, a Inés, la muchacha por la que había perdido el seso desde muy niño y a la que le había prometido amor eterno a la sombra de un olmo a orillas del riachuelo que circundaba las tierras de labranza más orientales, y a la que renovó su promesa durante el verano pasado cuando el capitán tuvo a bien darles a los soldados unos días de asueto para que visitaran a sus familias al final de una campaña.

Se alistó porque, desde niño, había escuchado por boca de los viajeros que pasaban por el pueblo hablar de las victorias de los Tercios en tierras extranjeras. En su inocencia infantil, soñaba con unirse a los Tercios algún día y volver a su tierra cubierto de gloria y con los sueldos suficientes para desposar a Inés y darle una buena vida. Sería

el primero del pueblo en hacerlo y se veía a sí mismo respetado por sus vecinos, recibiendo agasajos y parabienes de toda la comunidad, incluidos los padres de su amada, quienes no veían con buenos ojos que su hija desposara con un simple pastor, pues eran de los más pudientes de la zona gracias a la extensa tierra de labranza que gestionaban con buen tino.

Esos sueños se resquebrajaron a los pocos meses de marchar del pueblo hacia la capital y formar parte de la soldadesca de una compañía de los Tercios que buscaba jóvenes con ansias de aventura. La paga era escasa y llegaba tarde y mal, y el monarca no se preocupaba siquiera de que sus soldados tuvieran uniformes decentes con los que luchar por su reino en tierras extranjeras. Blasco, a quien no se le conocía familia alguna más allá de alguna manceba dispuesta a recibirlo cuando las órdenes lo permitían, amaba aquella vida y contaba maravillas de ella. Fue en parte gracias a él que Pedro siguió la estela de los Tercios allá donde se les necesitara y terminara por acostumbrarse a ser parte de un ejército temido más allá de los Pirineos y reverenciado por amigos y enemigos. Aquello daba esperanzas a sus sueños de gloria.

Sin embargo, viendo cómo se les presentaba la situación en Rocroi, y a pesar de las advertencias de Blasco de que no invocara a la dama de la guadaña, el pensamiento de que aquello podía ser el final le rondaba por la cabeza como pájaro de mal agüero, y quisiera Dios que solo fueran eso: pensamientos, y no realidades.

Con cuidado, metió la mano por dentro del peto y tocó la carta que llevaba cosida a la camisa encima del corazón. Había hecho a uno de sus compañeros, uno que sabía leer y escribir, que pusiera en letras lo que le rondaba la mente la noche anterior. A pesar de la vergüenza que sentía al tener que poner en oídos de otro sus más íntimas reflexiones, algo lo había empujado a ello. Una sensación de vértigo que no dejó de causarle náuseas hasta que la misiva estuvo escrita. En ella contaba a Inés lo que

guardaba en el corazón, a pecho descubierto, sin fisuras y sin ambages, rogándole al final que, si él no volvía, cuidara de que a sus padres no les faltara de nada, y prometiéndole que, si salía vivo de aquella cita con la muerte, volvería a su lado costase lo que costase. El soldado que la escribía, ya veterano, se apiadó de su inocencia manteniéndose en silencio todo el rato, cosa que Pedro agradeció, y después se marchó sin decir esta boca es mía, aunque, si el muchacho se hubiera fijado en su mirada, habría visto una suerte de melancolía sobrevenida en sus cansados ojos. Pero Pedro, una vez con la carta en la mano, en lo único que pensaba era en arrancarle la promesa a Blasco de que, si a él le sucedía algo, hiciera lo posible para que la misiva llegara a su destino.

—¿Dónde tienes la cabeza, zagal?! —La voz seca de Blasco lo sacó de sus ensoñaciones—. ¡Eleva la pica que ahí vienen otra vez!

El combate se recrudeció. Comenzaron a amontonarse los cuerpos de los caídos y a ellos no les quedaba más remedio que pasar por encima para mantenerse juntos y en posición. Chapoteaban sobre sangre y vísceras de compañeros desmadejados que verían sus huesos enterrados en la llanura de un país extranjero, lejos de los que llorarían por ellos y más lejos todavía de sus sueños de gloria. Pronto, los enemigos penetraron en la formación rectangular y las picas fueron ya inservibles, el cuerpo a cuerpo era ya un hecho mientras salían a relucir la espadas melladas y las dagas de izquierda, entablando una pugna donde ya solo valía la supervivencia, y donde se luchaba con todo lo que uno tuviera a mano, hasta con el corazón.

Poco después solo quedaban en pie algunos veteranos de los Tercios de Garcéz y Villalba, encorajinados en no ceder, aunque cientos de cadáveres de compatriotas se amontonaban a su alrededor. Viendo el duque de Enghien el coraje de aquellos soldados, no le quedó más remedio que proponer una salida honrosa para todos, ofreciéndoles respetar la vida y la libertad de los que habían sobrevivido a la derrota.

Poco tiempo después, atrás quedaron los cinco mil hombres que habían dado su vida por España, cubiertos con la tierra húmeda de Rocroi, testigo muda del padecer de unos soldados que preferían morir antes que perder la honra.

Enghien se acercó una vez acabó todo a la pila de cuerpos que se amontonaban allí donde los Tercios habían dispuesto un rectángulo perfectamente organizado de coraje y honor. Miró hacia los muertos retador, con el pecho henchido de orgullo por la victoria. Aunque, poco a poco, esa sensación primera fue dando paso a otra menos satisfactoria, y más al fijarse en los rostros, algunos imberbes, de los caídos por el Imperio español. Fue rodeándolos con paso tranquilo, sin prisa, hasta que se agachó para recoger algo que había llamado su atención. Manchado de sangre, tuvo que arrancar aquel papel doblado y atado con una cinta de la mano de uno de los muertos. Sin pensarlo, quitó de un tirón la cinta y leyó, con sus rudimentarios conocimientos de castellano, lo que allí había escrito. Una vez terminó, volvió de nuevo a contemplar la pila de cadáveres desmadejados y suspiró con rabia.

«¡Valientes malditos!», pensó para sí. Aunque un instante después tuvo que rectificar sus pensamientos. «¡Malditos valientes!», ahora sí era acertada su reflexión. «Malditos españoles valientes, que prefieren la muerte a la rendición».

Y en voz alta, sin dirigirse a nadie en particular, exclamó al aire:

—¡Que esta carta sea el medio y el fin por el que os veáis honrados! —Alzó la misiva frente a sus ojos—. ¡Juro que pondré todo mi honor y mi empeño para que la misiva llegue a su destino! ¡Dios será testigo de ello!

No hubo más. Tras el arrebato, Enghien se giró de manera brusca alejándose a grandes zancadas de los caídos. Tenía una misión que cumplir y nada le impediría hacer honor a su juramento. La tierra de Rocroi se encargaría de, con el tiempo, borrar las

huellas de lo acontecido hasta que nada quedara allí para el recuerdo. Solo la misiva de un muchacho en busca de gloria sería testigo de que el coraje no tenía patria ni condición.